

Las noches de los frailecillos

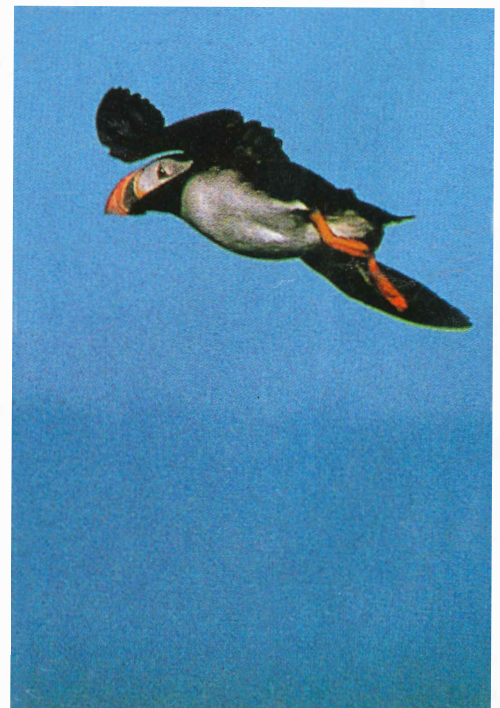
fotografías y texto de Bruce McMillan





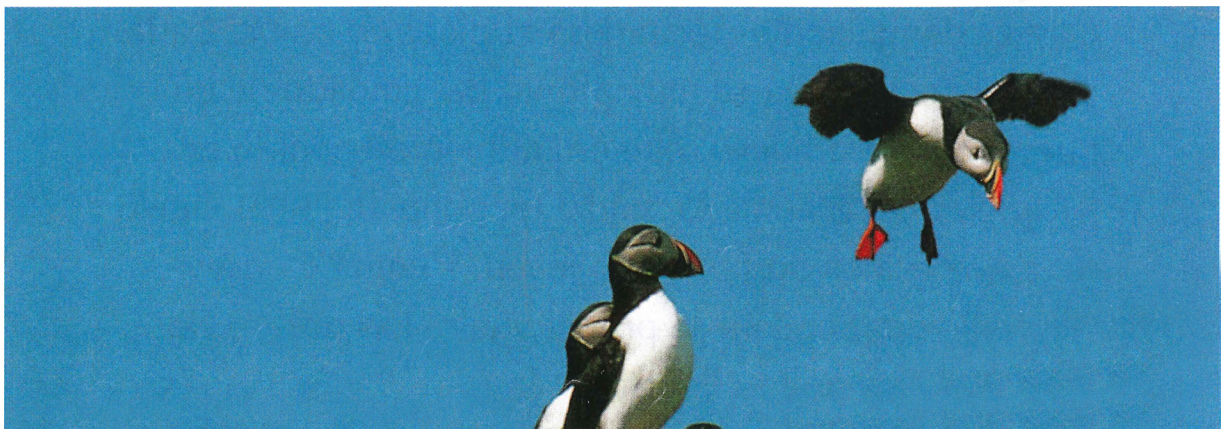
Isla Heimaey, Islandia, abril

Esta niña llamada Halla observa el cielo todos los días. Desde lo alto de un acantilado divisa el primer frailecillo de la temporada y murmura: *Lundi*, que significa “frailecillo” en islandés.





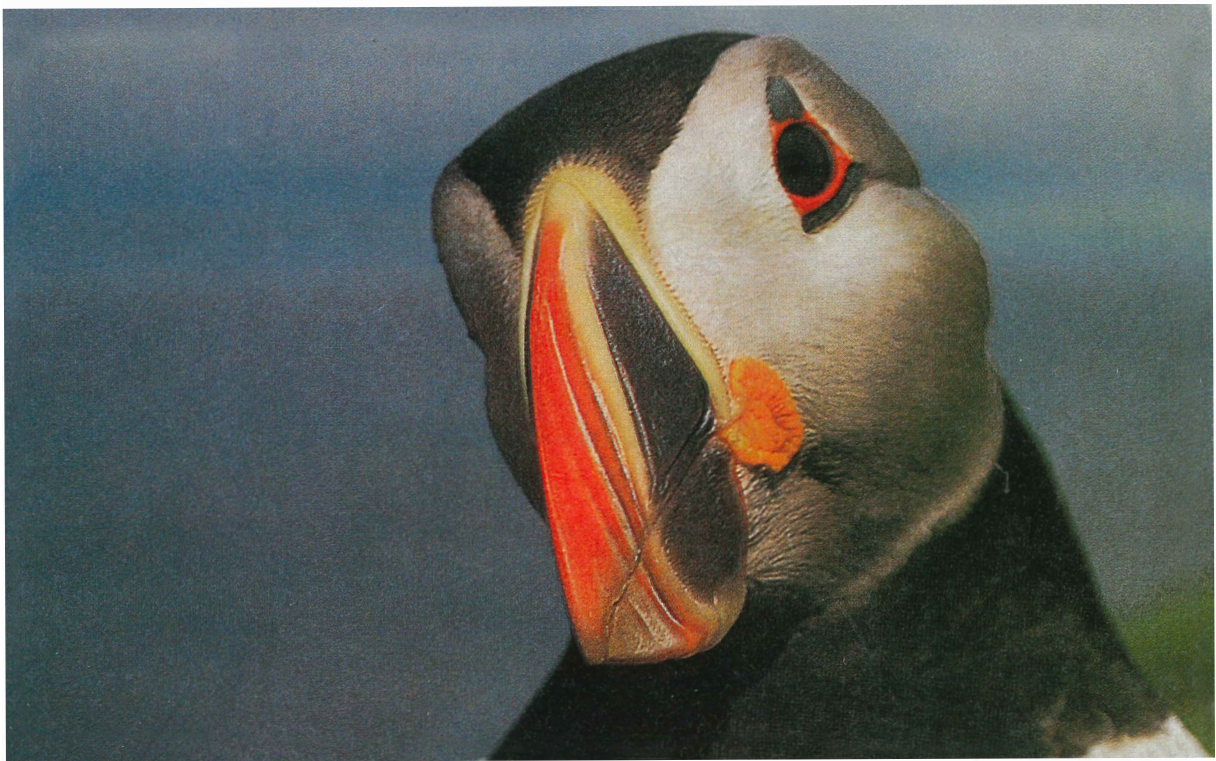
De pronto, el cielo se llena de pájaros: frailecillos y más frailecillos por todas partes. Millones de estas aves regresan después de pasar el invierno en el mar. Regresan a la isla donde vive Halla y a las islas deshabitadas de la zona para poner huevos y cuidar a sus polluelos. Es la única temporada que pasan en tierra.





Mientras Halla y sus amigos van a la escuela del pueblo que está al pie de los acantilados, los frailecillos siguen llegando. Año tras año, estos “payasos marinos” regresan a los mismos nidos subterráneos. Una vez allí, los preparan. Todos los niños y niñas de Heimaey esperan y sueñan con la llegada de las noches de los frailecillos.

Los fines de semana, Halla y sus amigos suben a los acantilados para observar a las aves. Desde allí ven a las parejas de frailecillos tocándose el pico: *tic-tic-tic*. Cada pareja va a encargarse muy pronto del cuidado de un huevo. Y de ese huevo, que estará bien escondido en las grietas del acantilado, saldrá un polluelo. Ese polluelo se convertirá en un frailecillo joven. Y entonces ese frailecillo emprenderá su primer vuelo. Las noches de los frailecillos pronto llegarán.



En el verano, Halla juega en el agua fría del mar, mientras los frailecillos chapotean en las olas. El mar que llega hasta el acantilado se llena de frailecillos que flotan entre las olas. Al igual que Halla, muchos de los frailecillos que van sobre las olas a la orilla, son jóvenes. Los mayores se alejan un poco más, donde la pesca es mejor. Los frailecillos adultos tienen que atrapar muchos peces, porque durante el verano tienen que alimentar a sus crías.





Arnar Ingi, un amigo de Halla, espía en silencio el vuelo de un frailecillo. “*Fisk*”, susurra él mientras lo observa regresar con el pico lleno de peces.

Los polluelos ya han salido del cascarón, y sus padres les traen peces para alimentarlos. Todavía faltan unas semanas para la llegada de las noches de los frailecillos, pero Arnar Ingi ya está pensando en preparar algunas cajas de cartón.

Halla y sus amigos nunca ven los polluelos, porque siempre están escondidos en los largos y oscuros túneles de sus nidos. Solamente sus padres los pueden ver. Pero cuando los polluelos tienen hambre, Halla y sus amigos los oyen pedir comida: *pío-pío-pío*. Los polluelos tienen que comer para crecer. Sus padres tienen que alimentarlos, en ocasiones hasta diez veces al día, llevándoles muchos peces en el pico.

Durante todo el verano, los frailecillos adultos se dedican a pescar y a cuidarse las plumas. En agosto, una alfombra de flores llamadas *baldusbrá* cubre sus nidos. Cuando las *baldusbrá* florecen, Halla sabe que la espera ha terminado. Los polluelos escondidos ya son frailecillos jóvenes, y están listos para volar y por fin aventurarse a la noche. Llegó el momento tan esperado.



Llegó el momento en que Halla y sus amigos sacan sus cajas y linternas para la gran noche. A partir de esa noche, y durante las dos semanas siguientes, los frailecillos emprenderán su viaje hacia el mar, donde pasarán el invierno. Halla y sus amigos pasarán la noche buscando a los frailecillos perdidos que no lleguen hasta el agua. Pero los perros y gatos del pueblo también estarán al acecho. Será una carrera para ver quién encuentra primero a los frailecillos perdidos. A las diez en punto, las calles de Heimaey están repletas de niños entusiasmados.





En la oscuridad de la noche, los frailecillos abandonan los nidos para emprender su primer vuelo. Es un viaje corto al que se aventuran batiendo las alas desde los altos acantilados. La mayoría de los frailecillos jóvenes logran llegar a salvo a su nuevo hogar. Sin embargo, otros se confunden porque seguramente piensan que las luces del pueblo son los rayos de la luna reflejados en el agua. Cada noche, cientos de frailecillos se estrellan por todo el pueblo. Incapaces de alzar el vuelo, corretean en tierra firme y tratan de esconderse donde pueden. Pero el peligro los acecha. No sólo deben esconderse de los perros y gatos, sino que también corren el peligro de ser atropellados por carros y camiones.



Halla y sus amigos se lanzan al rescate. Equipados con linternas, recorren todo el pueblo. Buscan en los lugares oscuros. Halla grita “frailecillo” en islandés: “*¡Lundi pysja!*” Ya vio uno. Cuando éste sale de su escondite, Halla lo persigue, lo recoge y lo abriga con los brazos. Entretanto, Arnar Ingi logra atrapar a otro. Mientras unos frailecillos ya están a salvo en las cajas, otros van llegando por todas partes. “*¡Lundi pysja! ¡Lundi pysja!*”





Durante dos semanas, los niños y niñas de Heimaey duermen hasta tarde para poder salir por la noche. Rescatan a miles de frailecillos jóvenes. Por todas partes hay frailecillos y también muchos voluntarios para ayudarlos, aunque por instinto los pajaritos les pellizquen los dedos. Todas las noches Halla y sus amigos se llevan a casa los frailecillos que han rescatado. A la mañana siguiente los mandan a su nuevo hogar. Halla se reúne con sus amigos y, con las cajas repletas de frailecillos, van a la playa.





Llegó la hora de soltar a los frailecillos. Halla libera al primero. Lo levanta bien alto para que se acostumbre a mover las alas. Luego se lo acomoda entre las manos y cuenta: “Einn-tveir-ÞRÍR!” mientras lo mece tres veces entre las piernas. El tercer impulso es el más fuerte y sirve para que el pájaro alcance la altura suficiente para adentrarse en el mar. Como es su segundo vuelo, sólo logra volar una distancia corta antes de caer al mar.





Con el pasar de los días, los frailecillos de Halla se adentran en el mar, y así es como ella dice adiós a las noches de los frailecillos, hasta la próxima temporada. Halla se despide de los últimos frailecillos, jóvenes y adultos, que van a pasar el invierno en el mar. Les desea buen viaje y en islandés les dice: “adiós, adiós”, “¡Bless, bless!” Hasta la primavera entrante.

Conozcamos al autor/fotógrafo

Bruce McMillan

El papá de Bruce McMillan le regaló una cámara cuando tenía cinco años. Desde entonces, el señor McMillan sigue tomando fotografías. Cuando iba a la escuela secundaria, como no tenía dinero para las fotografías de graduación, tomó sus propias fotografías para intercambiarlas con las de sus compañeros y compañeras. Pero las fotografías resultaron ser un tanto originales.

“Me puse un sombrero de copa y me pinté una barba con carbón; ¡parecía Abraham Lincoln!”, recuerda.

